



Miguel Calvo

LA RUTA *de un* EMPRENDEDOR

Por Sandra Gutiérrez_ Fotos Vivi Peláez

MIGUEL CALVO ES UN EMPRESARIO QUE, LITERALMENTE, PARTIÓ DE CERO. HOY, LA AMBICIÓN Y LAS GANAS LO TIENEN CÓMODAMENTE SENTADO EN LA CIMA DE INNUMERABLES NEGOCIOS EXITOSOS EN TRANSPORTE Y CONSTRUCCIÓN, DESDE DONDE PUEDE DISFRUTAR DE SUS DOS PASIONES: LOS CABALLOS Y LA FAMILIA.

La historia comienza con un joven de unos veinte años que, sin estudios escolares completos y recién expulsado de la Escuela Naval -a pesar de tener a un abuelo en el cargo de vicealmirante-, debe hacer algo para sobrevivir. Luego, el cuento continúa con un viejo camión usado con techo de lona, que no sólo se convertiría en la fuente de trabajo de este joven, sino también en su cama y en su primer paso a convertirse en un gran empresario. Hoy, Miguel Calvo, el protagonista de la historia, tiene 78 años y varias empresas en los rubros de transporte, vivienda y construcción, que ya no maneja él, sino tres de sus cuatro hijos. ¿Qué hace él? En sus propias palabras: “Rasquing

ball”, se ríe. “No, pero hago lo menos posible. A mi edad, no estoy para hacer nada. Me dedico a la hípica y me ha ido bastante bien: ganamos el Derby tres años atrás”.

El día de hoy, Miguel Calvo se sienta en una oficina grande, con sillas de cuero y un amplio escritorio, que rodeados por múltiples figuras de caballos y una foto en blanco y negro de su ahora difunta esposa con sus hijos, son el equivalente a un trono en el pequeño imperio empresarial que ha formado a través de los años. Sin embargo, el camino desde el camión a este escritorio ha sido largo y, por supuesto, no sin uno que otro bache. “¿Quieres ver dónde partí? Fue aquí”, dice mostrando una foto antigua

donde aparece una versión más joven de él y el famoso camión. “Con este camión manejaba a Concepción ida y vuelta llevando fierro. 500 kilómetros en esa época en que no habían puentes, hace unos 65 años atrás”. Según cuenta Miguel, lo de los camiones empezó “porque no tenía un peso. Cuando me echaron de la Escuela Naval empecé en la vida y tuve que elegir qué hacía. No era universitario, para los estudios era malo y flojo, y partí con los camiones porque se dio no más. Transportaba lo que fuera”.

Con ese primer camión y las utilidades que luego dio, compró otro, proceso que se repitió hasta crear una flota más de 40 camiones que se movían a lo largo de todo el



“Cuando empecé, el objetivo sólo era comer y tener una familia. Las cosas se fueron dando y la única ambición en ese punto era seguir avanzando, jugándomelas con todo”

país. Fue esta empresa la que luego dio paso a nuevas aventuras para Miguel: “La cosa era lógica, igual que el Fra Fra con los pollitos. Entonces, cuando tienes varios camiones, compré una máquina de movimiento de tierra, y luego una moto niveladora para hacer ripiaduras, que son mejor pagadas. Compré un cargador, dos cargadores, y en ese momento formé la Empresa Constructora Miguel Calvo”. Con sólo 35 años y luego de que el gobierno de Salvador Allende interviniera su empresa en el ‘70, este emprendedor forma una nueva compañía a la que bautiza simplemente Fe Grande. ¿La razón? “Tenía una gran fe de que la Constructora Miguel Calvo fuera a sonar. Y sonaron, como guatapique”.

Miguel podría haberse quedado sólo con sus camiones, lo que él cataloga como el mayor desafío de su carrera (“No son muchos los que salen adelante con una empresa de transportes, porque es un rubro muy duro por la gran competencia”), sin embargo, lo que lo motivó a ampliar sus horizontes fue algo que, según él, siempre ha tenido: ambición. “Hasta para jugar a las bolitas era ambicioso. Tenía una caja y me gustaba

multiplicarlas, era entretenido”, recuerda el empresario. Luego continúa: “Cuando empecé, el objetivo sólo era comer y tener una familia. Pero esto es como las carreras de caballos: uno siempre sueña con ganarse el Derby. Las cosas se fueron dando y la única ambición en ese punto era seguir avanzando, jugándomelas con todo y nada más. Porque si no lo hacía, me quedaba sentado en la vereda. Y es que era joven, y siendo joven yo me iba a vender sandías a La Vega”.

Fe Grande, convertida en una importante empresa constructora, pasó a las manos del Grupo Tecsa, socios de Calvo, a quienes vendió la compañía arguyendo que la edad lo ha hecho más cauto. Sin embargo, Miguel conserva su negocio de transportes, a lo que se suma la Inmobiliaria Viviendas 2000 (“con la que facturamos más de un 1 millón de UF anuales”), y el hotel Marriott, que hoy maneja una de sus hijas. Si bien él confiesa estar involucrado en otros proyectos, como por ejemplo, la construcción del Edificio El Bosque, su gran pasión, junto con los caballos, ya no son los negocios, sino sus nietos: “Somos una familia de 30. No hay nada que me mueva más que la familia”.